

Una explicación fraudulenta del Quijote y un Avellaneda del siglo XIX: Adolfo de Castro y su falso Buscapié

ALBERTO ROMERO FERRER
YOLANDA VALLEJO MÁRQUEZ
Universidad de Cádiz

Gaspar y Roig Editores en 1850 añadían en su edición canónica del *Quijote* un texto apócrifo de atribución cervantina, que decía explicar el origen mismo del *Quijote*. Se trataba del buscado *Buscapié* que ahora, por mérito de Adolfo de Castro, había aparecido en un baratillo en Cádiz. Sin embargo, dicho descubrimiento no era más que una patraña literaria, una falsificación en toda regla que, a pesar de sus evidencias como engaño y timo filológico, el polígrafo gaditano hizo pasar como de Cervantes¹ y, como tal, se editaría conjuntamente con *El Quijote*².

Desde el siglo XVIII y dentro de la corriente intelectual del quijotismo literario se empieza a hablar en los círculos eruditos y filológicos de una serie de textos apócrifos de Miguel de Cervantes, de entre los cuales destaca la leyenda del *Buscapié*, un texto siempre aludido en relación con el *Quijote*, pero que hasta ese momento no había aparecido por ningún lado³. Pero en contraste

¹ Sobre las patrañas y atribuciones cervantinas tenemos los trabajos de Daniel Eisenberg, *Las "Semanas del jardín" de Miguel de Cervantes*, Salamanca, Diputación Provincial, 1988 [1989]; su «Repaso crítico de las atribuciones cervantinas», *Nueva Revista de Filología Hispánica*, 38 (1990), pp. 83-103; y sus *Estudios cervantinos*, Madrid, Sirmio, 1991; y el trabajo más reciente: «¿Qué escribió Cervantes?», en *Sobre Cervantes*, ed. Diego Martínez Torrón, Alcalá de Henares, Centro de Estudios Cervantinos, 2003. Remitimos también a la *Suma cervantina* coordinada por Avallé-Arce y Riley (Londres, Tamesis Books, 1973), al trabajo de Luis Astrana Marín, «Escritos probables, atribuidos, dudosos, apócrifos y falsos», en *Vida ejemplar y heroica de Miguel de Cervantes Saavedra*, Madrid, Instituto Editorial Reus, 1948-1958, t. VII, pp. 751-767; y al catálogo de José Montero Reguera, «La obra literaria de Miguel de Cervantes (Ensayo de un catálogo)», *Cervantes*, Alcalá de Henares, Centro de Estudios Cervantinos, 1995, pp. 43-74.

² En nuestro rastreo bibliográfico hemos localizado más de veinte ediciones conjuntas del Quijote con *El buscapié* entre 1850 y 1916. Suponemos que existen algunas más. Véase el apartado bibliográfico al respecto.

³ Para el cervantismo dieciochesco remito, fundamentalmente, a los trabajos de Francisco Aguilar Piñal, «Anverso y reverso del "Quijotismo" en el siglo XVIII», *Anales de la Universidad de Alicante*, 1 (1982), pp. 207-216; y «Cervantes en el siglo XVIII», *Anales Cervantinos*, 21 (1983), pp. 153-163; de Óscar Barrero Gómez, «Los imitadores y continuadores del Quijote en la novela española del siglo XVIII», *Anales Cervantinos*, XXV-XXVI (1987-1988), pp. 47-63. y de Françoise Etienvre, «De Ma-

con este fervor en torno a la autenticidad de la leyenda, nos encontramos con el bibliófilo extremeño Bartolomé José Gallardo, uno de los más firmes detractores de la existencia del *Buscapié*, quien llegaría a afirmar que él mismo sería capaz de escribir esa obra, y hacerla pasar por cierta. Y es aquí cuando aparece el gaditano Adolfo de Castro, que dedicaría una buena parte de su erudición al estudio y edición de la obra de Miguel de Cervantes, dentro de la fuerte corriente decimonónica en torno a la obra del autor del Quijote⁴.

Esta pasión cervantina y su rivalidad con Gallardo le llevan en 1848 a la publicación de uno de los fraudes literarios más ingeniosos en toda la Historia de la Literatura Española: *El buscapié*, un atribuido opúsculo cervantino escrito en defensa de la primera parte del *Quijote* cuyo manuscrito, al parecer, Adolfo de Castro había localizado en un baratillo en Cádiz, procedente de la biblioteca del duque de Lafoes, don Juan de Braganza –curioso hallazgo y curiosa localización–. Naturalmente, la publicación de un supuesto inédito de Cervantes revolucionará el mundo de las letras españolas posicionando a defensores y detractores, en una contienda literaria nada ingenua, y que, entre otras cosas, va a ser utilizada para edificar otra falsificación en torno a la figura y la obra de Bartolomé José Gallardo⁵.

Aún así, a partir de 1848 se empieza a incluir *El buscapié* como apéndice en las ediciones del *Quijote*; en 1850 en la de Gaspar y Roig⁶, en 1851 aparece en la edición de Ferrer de los Ríos⁷ e incluso sigue apareciendo en la edición de 1895 publicada en Barcelona como prolegómeno del Tercer Centenario de la edición del *Quijote*⁸, algo

yans a Capmany: lecturas españolas del Quijote en el siglo XVIII», en *Actas del Coloquio Cervantino*, eds. Th. Berchem y H. Laitenberger, Münster, 1983, pp. 27-47.

⁴ Véase al respecto el trabajo de Manuel Fernández Nieto, «Biógrafos y vidas de Cervantes», *Cuadernos para la Investigación de la Literatura Hispánica*, 23 (1998), pp. 9-24.

⁵ Como hemos estudiado en «El testamento traicionado de Gallardo: las *Cartas dirigidas desde el otro mundo a don Bartolo Gallardete de Lupianejo Zapatilla* (estudio y edición)», en *La razón polémica. Estudios sobre Bartolomé José Gallardo*, eds. D. Muñoz Sempere y B. Sánchez Hita, Cádiz, Biblioteca de las Cortes de Cádiz, Ayuntamiento, 2004, pp. 291-338; y en la edición de las *Aventuras literarias del iracundo extremeño don Bartolo Gallardete escritas por don Antonio de Lupián Zapata (la horma de su zapato)*, contiene también las *Cartas dirigidas desde el otro mundo a d. Bartolo Gallardete por Lupianejo Zapatilla, con más el Proceso fulminado por este caballero contra aquel iracundo filólogo*, Alberto Romero Ferrer y Yolanda Vallejo Márquez eds., Sevilla, Editorial Renacimiento, 2005.

⁶ *El Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha. Compuesto por Miguel de Cervantes Saavedra, novísima edición clásica ilustrada con notas histórica, gramaticales y críticas, según las de la Academia Española, y sus individuos de número Pellicer, Arrieta, Clemencín y por F. Sales. Aumentada con El buscapié anotado por Adolfo de Castro*, Madrid, Imprenta y Librería de Gaspar y Roig Editores, 1850..

⁷ *El Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha, compuesto por Miguel de Cervantes Saavedra*, edición de Ferrer de los Ríos, Madrid, 1851.

⁸ *El Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha. Seguido de El Buscapié*. por Miguel de Cervantes Saavedra, Barcelona, Biblioteca Salvatella, 1895.

que se convierte en habitual hasta 1916⁹, fecha en la que sigue apareciendo como apéndice de la obra cumbre de Cervantes.

Por tanto, hasta que Manuel Fernández Nieto lo publicara en 1976, aunque de manera fragmentada, como obra original de Adolfo de Castro, *El buscapié* siempre había aparecido atribuido a Cervantes, y como tal publicado como apéndice del *Quijote*. La artimaña literaria ideada por Castro había surtido efecto —se traduce al francés, al inglés, al portugués, al italiano y al alemán—, a pesar de los tempranos juicios en contra de Bartolomé José Gallardo, certificados años más tarde por Cayetano Alberto de la Barrera, o las más que certeras dudas de Ticknor quien, en su *Historia de la literatura española*, publicada en Nueva York y en Londres en 1849, cuestionaba ya seriamente la paternidad cervantina del texto encontrado y anotado por Adolfo de Castro, y que en pocos años había trascendido más allá, posiblemente, de lo que el propio autor podía haber intuido en un principio, a partir de su primera edición aparecida con un amplio contratexto del gaditano (194 páginas de notas frente a las 64 del supuesto manuscrito) que pretendía ser una especie de estudio filológico del texto de Cervantes, no siempre respetado en las sucesivas ediciones de la obra. En cualquier caso, no se trata de la única incursión de Adolfo de Castro en el mundo cervantino. Muchas son las obras en las que recrea la vida y la obra del autor del *Quijote*, muchos los estudios sobre *El Quijote* y muchos los supuestos inéditos cervantinos que publicará, aunque también es cierto que ninguno con la repercusión del *Buscapié*.

Curiosa historia la del *Buscapié*, atribuido a Cervantes más allá de la muerte de su creador, a pesar de que en numerosas ocasiones Adolfo de Castro rectificó y se declaró único autor de la obra. Así, por ejemplo, y como anécdota, poco después de morir, como si Cervantes se vengara, su viuda solicita los derechos de autor que le serán negados por considerar la propia justicia que el autor del *Buscapié* no era otro que Miguel de Cervantes Saavedra.

En cualquier caso no iba a ser esta la única controversia cervantina en la que deliberadamente —y muy deliberadamente— se vería envuelto el verdadero autor del *Buscapié*. Pues Adolfo de Castro ya había entrado en materia, en esta ocasión respecto a la autoría del *Quijote* de Avellaneda, a partir de la publicación en 1846 de la biografía, un tanto novelesca —todo sea dicho de paso— de *El Conde Duque de Olivares y el Rey Felipe IV*¹⁰. Allí incluye algún que otro párrafo a la autoría de Avellaneda, más tarde, en 1872, publica Adolfo de Castro *Miguel de Cervantes y*

⁹ *Estudio histórico-topográfico de El Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha, deducido de su lectura, y aplicando a las leyendas de importantes sucesos, y las consejas populares de la Región Beturiana, con conocimiento exacto del terreno que describió Cervantes, donde la tradición conserva los nombres que justifican los pasajes más culminantes de esta fantástica obra por un manchego que luego se dirá*, Madrid, Imprenta Española, 1916.

¹⁰ Cádiz, Imprenta, Librería y Litografía de la Revista Médica, 1846. Vallejo Márquez, núm. 7.

*dos Inquisidores generales*¹¹, donde vuelve a insistir. Finalmente, en 1874¹², el gaditano se desdice de sus juicios anteriores, y afirma que Alarcón era el fingido Avellaneda, lo que le vale, incluso, la crítica positiva de Menéndez Pelayo¹³. Menéndez Pelayo utilizaría algunos de los criterios esgrimidos por Castro más tarde, cuando aparece en escena Lope de Vega como nuevo Avellaneda, según León Máinez¹⁴ y, poco después, el krausista Manuel de la Revilla.

En el centro de toda esta madeja llena de atribuciones falsas sobre el verdadero Avellaneda, estará Adolfo de Castro, a quien atribuirán incluso la culpabilidad de la confusión, pues la patraña del *Buscapié* había ya empezado a tener esos efectos secundarios nocivos anteriormente aludidos, que desacreditarían para siempre la figura, las opiniones y la obra de Castro.

Pero el interés cervantino de Adolfo de Castro no se limita tan sólo al *Quijote*. También sus entremeses requieren la atención del erudito y bibliófilo Castro. En 1874 publica el volumen *Varias obras inéditas de Cervantes sacadas de los códices de la Biblioteca Colombina*¹⁵. Allí encontramos dos obras del propio Castro sobre Cervantes: *La última novela ejemplar de Cervantes y Miguel de Cervantes y dos Inquisidores generales*, textos compuestos para el aniversario de la muerte del autor del *Quijote*, además del poema en prosa *Cervantes en la batalla de Lepanto y La casa del tío Monipodio*, textos en los que el autor gaditano dice imitar el estilo cervantino. Contiene además un capítulo en el que incluye *Noticia acerca del apellido El Toboso y Cervantes y Alarcón*.

Junto a estos textos y otros más, incluye Adolfo de Castro varios entremeses supuestamente inéditos y atribuidos a Cervantes: el *Entremés de los Mirones*, *Entremés de doña Justina y Calahorra*, *Entremés de refranes* y *Entremés de Romances*. Algunas de estas obras, aclara en nota que ya habían sido publicadas por José María Asensio en 1867.

Nos interesaba destacar ahora la recuperación, en cierto sentido, que Adolfo de Castro realiza de parte de la obra entremesil de Miguel de Cervantes. Una recuperación que ya había interesado al joven Adolfo de Castro, cuando en 1845 y 1846 publica la primera edición de los sainetes completos del también gaditano

¹¹ Cádiz, Imprenta a cargo de don Ramón Macías, 1872. Vallejo Márquez, núm. 90.

¹² En *Varias obras inéditas de Cervantes, sacadas de códices de la Biblioteca Colombina, Nuevas Ilustraciones, sobre la Vida del Autor y del Quijote, por el Excmo. Señor Don Adolfo de Castro*, Madrid, A. de Carlos é Hijos, editores, 1874. Vallejo Márquez, núm. 95.

¹³ En «Obras inéditas de Cervantes», *Estudios y discursos de crítica histórica y literaria II*, Santander, CSIC, 1941, pp. 269-302.

¹⁴ En *Cervantes y su época*, con un prólogo de Eduardo Benot, Jerez, Taller tipográfico de la Litografía Jerezana, 1901. Sobre el cervantismo de Máinez véase el estudio de Yolanda Vallejo Márquez, «Ramón León Máinez, el Bachiller Cervántico», en *Veinticinco escritores gaditanos raros y olvidados*, eds. A. Romero Ferrer y F. Durán López, Cádiz, Servicio de Publicaciones de la Diputación Provincial, 2001, pp. 193-201.

¹⁵ Madrid, A. de Carlos é Hijos, editores, 1874. Vallejo Márquez, núm. 95.

Juan Ignacio González del Castillo, en la Imprenta Médica¹⁶. Acompaña a esta edición un pequeño estudio de Castro «sobre este género de composiciones», tal y como aparece en la portada. Por otro lado, años más tarde en 1876 publicaría Castro un trabajo titulado «Lope de Rueda y Cervantes Saavedra», que aparecería en el *Álbum aniversario CCLX* (240) de la muerte de Miguel de Cervantes¹⁷.

En estas páginas, en la edición de González del Castillo, así como en el volumen de 1874, Adolfo de Castro realiza un rastreo intuitivo por la tradición del teatro corto en la Literatura Española. Un rastreo que, años más tarde, consolidaría la labor erudita y compiladora de Emilio Cotarelo. Adolfo de Castro, lejos —claro está— del trabajo de Cotarelo, sin embargo, construye una línea sucesoria a partir de Lope de Rueda, los entremeses cervantinos, lógicamente también relacionados con *El Quijote*, y los sainetes de González del Castillo. Así, ya en el prólogo a esta edición, remonta la tradición del sainete dieciochesco a las loas, jácaras y entremeses de los Siglos de Oro. Esta literatura breve, de corte entremesil, apoyada en la tradición, el refranero y las costumbres de los españoles, representaba otra de esas líneas latentes de la tradición y de la literatura antigua que debía recuperarse.

Sin embargo, si Adolfo de Castro debe ser recordado en la Historia Literaria es, precisamente, por su extraordinaria falsificación cervantina del *Buscapié*. Una falsificación llena de audacia y atrevimiento, aunque no del todo original del autor gaditano¹⁸, cuya historia y problemas pasamos a estudiar a continuación.

La aparición del *Buscapié* en 1847 vino precedida de toda una tradición iniciada en el siglo XVIII sobre la supuesta obra de Cervantes en defensa de la primera parte del *Quijote*. En 1737 emprende Gregorio Mayans y Siscar, por encargo del Barón de Carteret, la redacción de la «primera» vida de Miguel de Cervantes, que se había de publicar en la edición inglesa del *Quijote*. En 1773, Vicente de los Ríos fue el encargado de elaborar la vida del autor, que iría al frente de la edición de la Academia Española del *Ingenioso Hidalgo*. Es en esta edición donde aparece por vez primera, la noticia del *Buscapié*, cuando se dice: «su autor, conociendo que el *Quixote* era leído de los que no le entendían, y que no le leían los que podían entenderle, procuró excitar la atención de todos, publicando *El Buscapié*»¹⁹. Recoge Ríos la noticia procedente de Antonio Ruidíaz —personaje hasta entonces desconocido— quien dice haber visto el *Buscapié* en casa del conde de Saceda, libro que «leí en el corto espacio de tiempo que me le confió aquel erudito caballero porque se le prestó para el mismo fin con igual precisión (ignoro quién), era un tomito

¹⁶ Vallejo Márquez, núm. 7.

¹⁷ Madrid, Establecimiento tipográfico de Pedro Núñez. Vallejo Márquez, núm. 105.

¹⁸ Sospechamos que la idea de la falsificación del *Buscapié* la tomó de Gallardo.

¹⁹ Miguel de Cervantes Saavedra, *El Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha*, Madrid, RAE, 1780, p. XVII.

anónimo en 12º. Su grueso como de unos seis pliegos de impresión de buena letra, y mal papel»²⁰.

Martín Fernández de Navarrete vuelve a mencionar *El buscapié* en su *Vida de Cervantes*, que publicó la Real Academia Española en 1819: «Cervantes procuró excitar la atención de todos publicando *El buscapié*»²¹, pero confunde Navarrete la historia contada por Ríos, asegurando que el fin de este opúsculo es «levantar el velo de algunas alusiones y parodiar sucesos recientes ó personas conocidas»²².

La corriente cervantina del siglo XIX era el marco más propicio para que la leyenda del *Buscapié* cobrase una nueva dimensión. Adolfo de Castro y Rossi, con apenas veinticuatro años, fue el encargado de descubrir y publicar *El buscapié*, originando así «la más ruidosa de las polémicas en el mundo de las letras»²³ en un ejercicio de auténtica filología-ficción. Mucho se había hablado del *Buscapié* en los círculos literarios de Cádiz, cuando Adolfo de Castro decide embaucar a propios y extraños con el engañoso hallazgo y edición de opúsculo cervantino; sus propios amigos fueron los primeros en caer en el ardid del gaditano, Francisco Flores Arenas, José Pereira, Félix Uzuriaga, Joaquín Rubio, Francisco Javier Cavestany y José Manuel Vadillo, a los que haría una lectura privada de su descubrimiento.

En 1848 la imprenta de la Revista Médica saca a la luz el manuscrito cervantino en una edición de corta tirada, orlada en colores y titulada: *El Buscapié de Cervantes con notas históricas y críticas*; en este mismo año se publica una segunda tirada de la obra, en un formato más común y asequible, que lleva por título *El Buscapié. Opúsculo inédito que en defensa de la primera parte del Quijote escribió Miguel de Cervantes Saavedra*. Aunque el propio Adolfo de Castro mantiene que estas dos tiradas pertenecen a una misma edición –y efectivamente es así–²⁴ hay entre ambas algunas diferencias importantes, al menos desde el punto de vista bibliológico: títulos distintos, texto orlado y con viñetas en la primera tirada, la edición común incluye la Real Orden de propiedad que no aparece en la edición orlada, y otras diferencias menores²⁵. Es precisamente esta segunda tirada la que los críticos posteriores han considerado como definitiva. Tanto Alberto Blanco en 1909, como Manuel Fernández Nieto

²⁰ Miguel de Cervantes Saavedra, *El Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha*, nota 54, pp. CXCI-IV.

²¹ Martín Fernández de Navarrete, *Vida de Miguel de Cervantes Saavedra*, Madrid, RAE, 1819, p. 102.

²² Martín Fernández de Navarrete, *Opus cit.*, p. 104.

²³ Alberto Blanco, «Literatura fraudulenta. Cervantes y Adolfo de Castro», en *La España Moderna*, año 21, núm. 248, agosto de 1909, p. 71.

²⁴ Adolfo de Castro, «Carta sobre varias cuestiones filológicas», en *La Ilustración*, 12 de julio de 1851. Aquí aparece “1ª edición: Cádiz, 1848: dos tiradas; una de lujo con orlas de colores, etc..., y otra común”.

²⁵ Remitimos a la edición que hemos preparado para la Diputación Provincial de Cádiz, con prólogo de Francisco Rico (Cádiz, 2005).

en 1976²⁶ o Morales Borrero en 1995²⁷ omiten mencionar la primera versión de la obra, muy difícil de encontrar en la actualidad. Nosotros tan sólo hemos podido localizar cuatro ejemplares²⁸, además del procedente del fondo de Vadillo que se conserva en la Biblioteca Pública Provincial de Cádiz²⁹.

La obra comienza con el prólogo³⁰, obra del propio Adolfo de Castro, donde encontramos la narración del hallazgo del manuscrito, que transcribimos íntegra:

«El Ms. del Buscapié que la casualidad ha puesto en mis manos, es de letra de fines del siglo XVI ó principios del XVII, i lleva este título: “El muy donoso librito llamado/ BUSCAPIÉ,/ donde demás de su mucha y excelente/ doctrina, van declaradas/ todas aquellas cosas escondidas y no/ declaradas en el ingenioso hidalgo/ D. QUIJOTE DE LA MANCHA,/ que compuso/ un tal de Cervantes Saavedra”.

I de la propia mano se ven escritas luego estas palabras:

“Copiose de otra copia de 1606 en Madrid 27 de Ebrero año dicho. Para el señor Agustín de Argote, hijo del muy noble señor (que sancta gloria haya) Gonzalo Zatieco de Molina, un caballero de Sevilla”.

Después se lee lo siguiente en letra al parecer de principios de siglo XVIII:

“Da livreria do Senhor duque de Lafões.”

Título de Portugal.

Cómo salió el Ms. de la librería de este señor, i cómo vino á España, no lo sé. El modo con que ha llegado á mi poder es como sigue. No há tres meses que de la ciudad de San Fernando fueron traídos á la de Cádiz muchos libros para ser vendidos públicamente; los cuales habían pertenecido á un abogado llamado don Pascual de Gándara, hombre curioso, aunque no de mui buen gusto literario. (...) Entre estos libros, pues, encontré el Ms. del Buscapié de Cervantes».³¹

²⁶ Manuel Fernández Nieto, *En torno a un apócrifo cervantino. El Buscapié de Adolfo de Castro*, Madrid, Gráficas Alcocén, 1976.

²⁷ Manuel Morales Borrero, *El buscapié. Estudio y edición del apócrifo cervantino*, Madrid, Fundación Universitaria Española, 1995.

²⁸ En la Real Academia de la Historia, la Biblioteca de la Fundación Universitaria, la sala Cervantes de la Biblioteca Nacional y la Biblioteca de la Real Academia Española (también con dedicatoria autógrafa del editor –Adolfo de Castro– a la Real Academia), a cuyos catálogos se ha incorporado recientemente esta edición de lujo.

²⁹ Este mismo problema se puede observar en la reciente edición digital preparada por Florencio Sevilla Arroyo y Begoña Rodríguez Rodríguez para el cervantes virtual.

³⁰ La segunda versión de 1848 de esta edición comienza con la Real Orden sobre la propiedad literaria conferida a Adolfo de Castro, firmada por el entonces ministro de Comercio, Instrucción y Obras Públicas, D. Juan Bravo Murillo; texto que no se incluye en la edición orlada.

³¹ Adolfo de Castro, *El Buscapié. Opúsculo inédito que en defensa de la primera parte del Quijote escribió Miguel de Cervantes Saavedra*, Cádiz, Imprenta Revista Médica, 1848, pp. V-VII.

No entraremos ahora en el argumento ni en el estilo de la obra, aunque habría que hacer hincapié en la configuración estructural de la misma. Ticknor³² ya apuntaba que las notas parecían haber engendrado al texto, y no el texto las notas. Hoy esta hipótesis es todo un hecho: las notas de Adolfo de Castro al *Buscapié* dan sentido al texto y sería un error prescindir de ellas como se hizo en la edición de Fernández Nieto, cuyo logro es, fundamentalmente, publicar por vez primera *El buscapié* firmado por Castro, cuando en realidad esas notas funcionan como capítulos del mismo texto, pues se trata en realidad de unas falsas anotaciones.

La noticia de la publicación conmocionó al mundo cervantino, que seguía aún afanándose en encontrar alguna de aquellas obras que Cervantes había dejado sin su nombre. Pero pronto la opinión de la crítica se dividió en dos frentes; quienes defendían la autoría de Cervantes: Hipólito Lucas en *Le Siecle* de París, Thomassina Ross en Londres, Manuel Cañete, Emilio Bravo, Estébanez Calderón y Cánovas del Castillo; y quienes ven, desde el primer momento, la patraña del gaditano: Landrin, Ticknor, Gayangos, Cayetano Alberto de la Barrera³³, Martínez y Fernández³⁴, y el extremeño Bartolomé José Gallardo³⁵, a quien, curiosamente, Alberto Blanco llama –desconocemos el por qué– «orientalista sevillano» y «ardoroso bibliófilo sevillano»³⁶.

La situación inicial de la polémica, la recoge Francisco Rodríguez Marín en 1916, en una imagen muy plástica: «Muchas aceradas plumas combatieron a Castro, y Castro, en defensa de su engendro, se revolvió airadamente contra los impugnadores, como rabioso toro a quien enfurece más y más los rejonos que dolorosamente le rasgan la piel»³⁷.

Además de Cavaleri-Pazos, que en pocos días publicó un folleto titulado *Carta al editor del Buscapié*³⁸, donde mostraba ciertas desavenencias sobre la edición

³² George Ticknor, *Historia de la Literatura Española* (traducido por D. Pascual Gayangos y D. Enrique Vedía), Madrid, [s.n.], 1851.

³³ En *El Cachetero del Buscapié. Resumen del hecho i de las razones críticas que evidenzian la falsedad de El Buscapié de D. Adolfo de Castro y otro tal que se mintió en el pasado siglo*, Madrid, [s.n.], 1849.

³⁴ En *El Buscapié del Buscarruido de don Adolfo de Castro. Crítico-crítica por el Bachiller Boyaina*, Valencia, Imp. de don Mariano de Cabrerizo, 1851.

³⁵ En *Zapatazo a Zapatilla i a su falso Buscapié un puntillazo: Juguete crítico-burlesco por... con varios rasgos sueltos de otras sobre la falsificación de El Buscapié, que Adolfo de Castro nos quiere vender como de Cervantes*, Madrid, Imprenta de la Viuda de Burgos, 1851; y en *Rasgos volantes escritos a varios de mis amigos sobre el que ha publicado como de Cervantes Don Adolfo de Castro en Obras escogidas*, Madrid, Nueva BAE, 1968, 2 vols.

³⁶ Alberto Blanco, «Literatura fraudulenta. Cervantes y Adolfo de Castro», *La España Moderna*, año 21, núm. 248, agosto de 1909, pp. 60 y 71.

³⁷ Véase el prólogo de Rodríguez Marín a *El Cachetero del Buscapié de Cayetano Alberto de la Barrera*, Santander, Viuda de Albira y Díez, 1916, p. VII.

³⁸ [Cádiz, 1848], en *The «Squib» or Searchfoot: an unedited little work wich Miguel de Cervantes Saavedra wrote of the first part of the Quijote. Published by Adolfo de Castro at Cádiz, 1847, translated*

de Adolfo de Castro, el primero al parecer en combatir abiertamente la obra de Castro fue Juan Martínez Villergas en *La Cotorra*, donde publicó, en palabras de Barrera, «un impugnatorio satírico»³⁹, que nos ha sido imposible localizar⁴⁰. Pocos meses después aparecieron en *La Prensa*, periódico de La Habana, dos artículos de G. de Cuevas –posiblemente uno de los muchos pseudónimos del mismo Adolfo de Castro– con el título «Observaciones acerca de la autenticidad del *Buscapié*» que recogen el mismo espíritu combativo de Martínez Villergas. Al desconocido G. de Cuevas contestan Emilio Bravo en el *Diario de la Marina* y el propio Adolfo de Castro en *La España*, el 19 de agosto de 1848⁴¹. El artículo de Cuevas se configura, de tal manera, a los intereses del gaditano, que Barrera piensa que esta impugnación fue fingida y escrita por Castro, para prevenir objeciones y contestarla a su gusto.

El 8 de junio de 1848, el autor francés M. Landrin publicó en *La Presse* de París un artículo donde se refutaba la autenticidad del *Buscapié*. Débiles fueron sus argumentos, y tan duramente le respondió Castro, que el francés tradujo el *Buscapié* y lo publicó en París en enero de 1850, como opúsculo inédito de Cervantes.

George Ticknor en su *Historia de la Literatura Española* publicada en Nueva York y en Londres en 1849, desconfía de la autenticidad de la obra, y de cómo pudo estar oculta durante tantos años, y afirma que el *Buscapié* es una torpe imitación del estilo y el pensamiento de Cervantes. Hace un recorrido por la obra detectando y señalando los múltiples errores que presenta, y concluye probando que el *Buscapié* es apócrifo y que su autor es Castro.

La contestación no se hizo esperar. El propio Castro responde desde las páginas de *La Ilustración* con dos artículos fechados el 10 y el 18 de octubre de 1851, titulados «*El Buscapié*. Respuesta a las observaciones hechas acerca de este opúsculo por M. George Ticknor en su *History of Spanish Literature*, New York, 1849», donde va reproduciendo párrafos de Ticknor, y se limita a corregirlos ortográficamente. Interesante, sin duda, la contestación de Adolfo de Castro, quien se confiesa autor de las notas, pero no del texto, y se defiende así de las acusaciones:

«Debo advertir que, aunque *El Buscapié* esté traducido en las lenguas inglesa, francesa, italiana, portuguesa y alemana, ha tenido en descuento de estas honras, que sufrir las contradicciones de alguno que otro extranjero.

from the original Spanish by a member of the University of Cambridge, Cambridge, Deighton; London, John W. Parker; Liverpool, Deighton and Laughton, 1849.

³⁹ Cayetano Alberto de la Barrera, *Opus cit.*, p. 4.

⁴⁰ Puede tratarse, como argumenta Manuel Ravina Martín, en realidad de la revista satírica *El Tío Camorra*, paliza 43, 18 de junio de 1848, donde aparece una reseña anónima sobre *El buscapié*, que recoge a su vez la crítica francesa aparecida en *La Presse*.

⁴¹ Cayetano Alberto de la Barrera confunde los datos. Él afirma que Castro responde a G. de Cuevas en el diario *El Heraldo de Madrid*. Probablemente se refiere Barrera a dos artículos que el gaditano había publicado en este mismo diario en octubre de 1851 en relación al *Buscapié*, pero no en contestación a G. de Cuevas, sino a George Ticknor.

Por ejemplo, Mr. Landrin, en Francia, combatió furiosamente en *La Presse* del 8 de julio de 1848 la autenticidad del *Buscapié*, pero mi respuesta a sus observaciones de tal forma lo convenció que en los días 4 y 10 de enero del presente año publicó una traducción francesa del mencionado librito, como obra de D. Miguel de Cervantes Saavedra, desentendiéndose de lo que dijo». ⁴²

Con todo, la imagen que la crítica europea había creado de Adolfo de Castro, quedó tan mediatizada por los comentarios de Ticknor, que Emilio Bravo en su artículo «D. Adolfo de Castro. Breve reseña de sus obras» publicado en *La Ilustración* el 12 de abril de 1851, tuvo que hacer una apología del gaditano, y aclarar algunos aspectos de su vida: «Lo primero que tenemos que decir, es que ni tiene arrugas en el rostro, ni casquete en la cabeza, ni espejuelos en los ojos; que no es gruñón, ni impertinente, ni tan dado a las cosas antiguas».

La torpeza en los argumentos de Castro y el irrevocable éxito de Ticknor en su ataque, hacen que el gaditano comience a corregir y añadir notas en las sucesivas ediciones del *Buscapié*, ediciones que, en 1851, eran las siguientes:

1ª edición: Cádiz: 1848. Dos tiradas: una edición de lujo con orlas de colores, y otra tirada común.

2ª edición: París: 1848

3ª edición: Madrid: Gaspar y Roig, 1851.

Con el *Quijote*:

1ª edición: Madrid: RAE, Gaspar y Roig, 1850.

2ª edición: Madrid: RAE, Gaspar y Roig, 1850.

3ª edición: Madrid: RAE, Gaspar y Roig, 1851.

4ª edición: Madrid: Ferrer de los Ríos, 1851.

5ª edición: Madrid: Biblioteca Universal [1851].

Traducciones:

en la *Revista Bentley's Miscellany* por Miss Thomassina Ross, 1848.

por la misma, Londres, 1849

por un graduado en Cambridge: Cambridge, 1849

por Rispaldizza: París, 1848

por Mr. Landrin: París, 1850

por..... Milán, 1849

por..... Colonia, 1849

por..... Oporto, 1848⁴³.

⁴² Adolfo de Castro, «El buscapié. Respuesta á las observaciones hechas acerca de este opúsculo por M. George Ticknor en su History of Spanish Literature, New York, 1849», en *El Heraldo*, núm. 2581, 18 octubre de 1851.

⁴³ Remitimos al listado completo de ediciones y traducciones que del *Buscapié* ofrecemos en el anexo.

La más acerada polémica que sostuvo Castro, no obstante, fue la suscitada por Bartolomé José Gallardo, a quien Adolfo de Castro, no sólo le había dedicado *El buscapié*, sino que le había dado reiteradas muestras de afecto y respeto. A este respecto no había que olvidar cómo Castro fue la mano que ejecutaría la biografía jocosa y difamatoria del erudito extremeño en sus *Aventuras literarias del iracundo extremeño don Bartolo Gallardete escritas por don Antonio de Lupián Zapata (la horma de su zapato)* de 1851. Federico Rubio recoge una conversación mantenida con Castro sobre el erudito extremeño:

Gallardo, duda de forma muy acertada del *Buscapié* y en carta fechada en la Alberquilla el 20 de febrero de 1848 a don Domingo del Monte, expone sus sospechas: «El es un muchacho de unos 20 i tantos a 30 años: vivaracho, i con un fuego fatuo de fantasía volante»⁴⁴. El extremeño, pese a sus años, decide dar forma a sus conjeturas, escribiendo a amigos, y no tan amigos, extensas cartas contra la autenticidad del *Buscapié*. Estas cartas, escritas entre 1848 y 1851, no verán la luz pública hasta que no estalle la polémica.

Adolfo de Castro, enterado de la actividad epistolar de Gallardo, y alentado por los bríos de su juventud, comienza a publicar en *La Ilustración*, desde el 26 de abril al 17 de mayo de 1851, las misivas que luego formarían parte de *Cartas dirigidas desde el otro mundo a D. Bartolo Gallardete por Lupianejo Zapatilla*. Son cuatro epístolas con un claro sentido satírico e insultante; no es una réplica a las razones críticas y filológicas aducidas por Gallardo, sino una abierta denostación a éste, fundada sobre todo en un desliz biográfico del *Diccionario Crítico Bursesco*. Con esta actitud, Castro sólo intenta distraer la atención pública, atrayendo a Gallardo al terreno de su defensa⁴⁵.

La primera carta, fechada el día 8 de las idus de abril –día 21– y firmada por Lupián Zapata (personaje con quien había comparado Gallardo a Castro)⁴⁶ utiliza un artificio literario por el que supone que Lupián Zapata escribe a Gallardo desde la Laguna Estigia contando y advirtiéndole que Jacinto Polo de Medina le espera para «propinarle una vuelta de torniscones, coces y manotazos en justa venganza de las bellaquerías que ha dicho de mi persona»⁴⁷, por haber reconstruido una bio-

⁴⁴ Bartolomé José Gallardo, *Zapatazo a Zapatilla i a su falso Buscapié un puntillazo en Obras escogidas de D. Bartolomé José Gallardo* (Sáinz y Rodríguez, editor), Madrid, Nueva BAE, 1968, p. 285.

⁴⁵ Todo este asunto lo hemos estudiado en el trabajo «El testamento traicionado de Gallardo: las Cartas dirigidas desde el otro mundo a don Bartolo Gallardete de Lupianejo Zapatilla (estudio y edición)», en *La razón polémica. Estudios sobre Bartolomé José Gallardo*, ed. D. Muñoz Sempere y B. Sánchez Hita, Cádiz, Biblioteca de las Cortes de Cádiz, Ayuntamiento, 2004, pp. 291-338.

⁴⁶ Efectivamente, en una carta dirigida a D. Tomás Muñoz, oficial de la Biblioteca de la Real Academia de la Historia, con fecha del 7 de septiembre de 1848, dice Gallardo: «El tal Adolfo es un pilluelo (literario), petulante, parlanchín, retazista, jironero, sin estudios i sobretodo sin moralidad literaria. En suma, es un Lupián Zapata en miniatura».

⁴⁷ Adolfo de Castro, *Cartas dirigidas desde el otro mundo a D. Bartolo Gallardete*, Madrid, Imprenta de la Ilustración y el Semanario Pintoresco Español, 1851, p. 4.

grafía falsa del clérigo murciano. La carta está llena de claras alusiones humorísticas a la figura de Gallardo:

«sosiéguese vuesa merced: don Bartolomé José Gallardo dice que es hombre que hace todas las obras biográficas con madurez y ejemplar examen. Pues él llamó a vuesa merced, médico y cordobés, sin duda usted sería ambas cosas». ⁴⁸

La respuesta de Gallardo fue inmediata. El 2 de mayo remite una extensísima carta a los redactores de *La Ilustración* acusándolos de publicar cartitas del otro mundo e intentando volver a centrar el asunto en *El Buscapié*. En esta carta acuña Gallardo el apelativo de Lupianejo Zapatilla que usará Castro en las siguientes misivas. Pero esto es sólo el principio del juego; Gallardo cae en la trampa del gaditano y se defiende de su fallo apelando a su sabiduría y a su extensa biblioteca desaparecida la noche del 13 de junio de 1823. Alusiones que aprovecha hábilmente Lupianejo Zapatilla en su segunda carta remitida a *La Ilustración*, suponiendo el mismo artificio literario pero con un tono más agresivo. En esta ocasión, Lupián Zapata recibe la misiva de Gallardo de manos de un emisario que afirma «nunca había oído cosa alguna acerca de la existencia de un filólogo español llamado Gallardo» ⁴⁹, el mismo emisario trae una petición del poeta Salinas de restitución a Durán, Hartzenbush, Lope de Vega, Estébanez Calderón y, cómo no, Adolfo de Castro.

Sin esperar contestación de Gallardo sale a la luz la tercera carta, fechada en mayo de 1851, donde, sin máscaras, pero con una, más que relativa, fortuna, sustituye Castro el afinado acento irónico por el más denostado de los insultos. Critica a Gallardo por su ortografía, por su afrancesamiento y relata de forma burlesca los acontecimientos de 1823:

«aun anda Gallardo galleando con libros que así escribió él como el gran turco. Si tantos y tales puso ¿cómo es que ha más de 28 años no ha restaurado algo de sus pérdidas?» ⁵⁰

La polémica Gallardo-Castro sobre *El Buscapié* había perdido su sentido inicial pero, sin bien Gallardo guarda un silencio sospechoso desde la publicación de la segunda epístola de Castro, no faltan voces acusadoras como la de Martínez y Fernández –El Bachiller Bo-Vaina–:

«Aconsejo a usted que se mire en sus epístolas contra el anciano D. Bartolomé José Gallardo; porque el papel de redentor no es bueno que digamos en estos tiempos, pero pues que en ello estoy, cuidado, señor don Adolfo de Castro, paso, que a usted sólo le había de responder con un gargajo». ⁵¹

⁴⁸ Ibidem.

⁴⁹ Adolfo de Castro, *Opus cit.*, p. 6.

⁵⁰ Adolfo de Castro, *Opus cit.*, p. 11.

⁵¹ Ildefonso Martínez y Fernández, *El buscapié del buscarruido de D. Adolfo de Castro. Crítico-crítica por el Bachiller Bo-Vaina*, Valencia, Imprenta de D. Mariano de Cabrerizo, 1851, p. 30.

Alimentado con opiniones como ésta, publica Adolfo de Castro la cuarta misiva, en la que Lupianejo Zapatilla, enviado por Plutón vuelve a la tierra para pedir venganza de los crímenes literarios cometidos por el extremeño, con instrucciones para fustigarlo, quemarlo, desollarlo y despedazarlo, aunque se disculpa humildemente: «considere, amigo Gallardete, cuán grande congoja cerca en este instante mi corazón»⁵².

Debido a la recepción que obtuvieron las cartas, los redactores de *La Ilustración* y del *Semanario Pintoresco Español*, proponen a Castro la publicación conjunta de éstas, a las que se añade el fingido proceso contra Gallardo, publicación que sale a la luz, en este mismo año -1851-, y que en palabras de Marqués Merchán, «componen un mezquino libelillo frión y romo»⁵³. Este nuevo texto más que un artificio literario es un insulto no demasiado bien camuflado. Compuesto como si de un juicio real se tratara, Adolfo de Castro ofrece la declaración del reo, del único testigo, el tormento y la sentencia. En la declaración del reo, cita Castro textualmente fragmentos de la carta que enviara Gallardo a los redactores de *La Ilustración*, pero descontextualizándolos de manera que el resultado se convierte en sarcasmo puro: «aprende, aprende viejezuelo una quisicosa que se conoce por geografía, y la cual no se aprende en las portadas de los libros, que es sólo lo que sabes»⁵⁴.

No satisfecho el ahora juez Lupián Zapata de la declaración de Gallardo, e indignado por las torpezas que éste comete, decide encadenar al reo y escuchar a los testigos. En este punto, Adolfo de Castro echa mano de todo su ingenio, y se llama a sí mismo a declarar. La complicidad que en todo momento se había entablado con el lector, se transforma ahora en una desenmascarada risa en la que la víctima -en este caso Gallardo- se convierte en blanco simultáneo de autor y lectores. Utiliza Castro en su declaración todo un derroche de cruel ironía satirizando tanto al filólogo extremeño como a su propia persona, con resortes que, a fin de cuentas, llegan a ser el soporte último de la obra: «Yo soy enemigo jurado de chismes y de chismosos, de falsarios y de falsedades»⁵⁵.

A partir de aquí, y hasta el final del proceso Adolfo de Castro logra con éxito la combinación de todos los elementos en su propio favor. Pero lo verdaderamente interesante es que Castro no se conforma ya con el insulto abierto, sino que vuelve a insistir en el tema del *Buscapié* sabiendo que Gallardo ya no respondería y lavando así un pasado que no volvería a mencionar hasta 1872⁵⁶.

⁵² Adolfo de Castro, *Opus cit.*, p. 15.

⁵³ Marqués Merchán, *Don Bartolomé José Gallardo*, Madrid, [s.n.], 1921, p. 276.

⁵⁴ Adolfo de Castro, *Opus cit.*, p. 17.

⁵⁵ Adolfo de Castro, *Opus cit.*, p. 18.

⁵⁶ Efectivamente, en 1872, en el prólogo a la primera edición de *La última novela ejemplar de Cervantes*, Adolfo de Castro hace una clara alusión a su afición juvenil por imitar el estilo cervantino.

Durante el tormento el juez Lupián Zapata va interrogando al reo acerca de cada una de las acusaciones y Gallardo, entre dolores trazados con toda comicidad, siempre contesta: «*El buscapié* es apócrifo y su autor se llama Adolfo de Castro»⁵⁷. Con esto el gaditano lleva al lector a su propio terreno haciendo una defensa velada, pero efectiva, de su persona, defensa que puede calificarse de cínica o diplomática, pero que no parece estar exenta de sentido. Castro apela a su juventud, a su inexperiencia, aunque no escatima palabras de elogio, puestas, eso sí, en boca de Antonio Lupián Zapata:

«Pero dado caso que la obra fuera de tal sugeto (cosa que Gallardo no prueba porque no puede en razones bibliográficas y literarias) en un mozo de 24 años, más que el delito, hubiera merecido el nombre de erudición y bizarria de ingenio».⁵⁸

En contra de todos los pronósticos, Gallardo no contestó a su propio proceso y ni siquiera aquellos que como el Bachiller Bo-Vaina alzaron su voz contra las *Cartas del otro mundo* refutaron el juguete irónico de Castro. Por ello, pocos meses después, en agosto de 1851, aparece en Cádiz una biografía jocosa –y a la vez injuriosa– de Gallardo, firmada por don Antonio de Lupián Zapata⁵⁹, donde la ofensa sustituye a la ironía sarcástica que dominaba en las *Cartas del otro mundo*.

La polémica de Gallardo y Adolfo de Castro quedó interrumpida por la muerte del extremeño en 1852, y fue zanjada definitivamente por Cayetano Alberto de la Barrera en 1856 con cinco artículos publicados en la *Revista de Ciencias, Literatura y Artes* de Sevilla, titulados «Conjeturas sobre el fundamento que pudo tener la idea que dio origen [sic] a patraña del *Buscapié*», que más tarde formarían parte de su obra *El Cachetero del Buscapié*⁶⁰.

Barrera resume en su estudio las pruebas y las razones críticas que evidencian la falsedad del *Buscapié*. Dedicó un extenso capítulo al fingido opúsculo del siglo XVIII cuya noticia dio ocasión a que Adolfo de Castro publicase el suyo. Las pruebas de Cayetano Alberto de la Barrera no se refieren sólo a la posibilidad de que el manuscrito fuese o no de Cervantes, sino que atañen, sobre todo, a cuestiones lingüísticas, terreno en el que Castro comete no pocos errores: no conjuga bien el vos y el vuesa merced con sus correspondientes tiempos verbales, utiliza dichos y refranes posteriores a la muerte de Cervantes, etc.

⁵⁷ Adolfo de Castro, *Opus cit.*, p. 20.

⁵⁸ Adolfo de Castro, *Opus cit.*, p.21.

⁵⁹ Esta biografía la hemos editado conjuntamente con las *Cartas* y *El Proceso en Aventuras literarias del iracundo extremeño Don Bartolo Gallardete, escritas por Don Antonio de Lupián Zapata (La horma de su zapato)*, eds. Alberto Romero Ferrer y Yolanda Vallejo Márquez, Sevilla, Editorial Renacimiento, 2005.

⁶⁰ Cayetano Alberto de la Barrera, *El Cachetero del Buscapié*, Santander, Viuda de Albira y Díez, 1916.

También hace un repaso por las dos grandes controversias que mantuvo Castro por *El Buscapié*; la de Ticknor y la de Gallardo. Controversias que le supusieron el descrédito en el mundo de las Letras:

«Hemos comprado con el apócrifo escrito, el derecho a juzgar su autenticidad, y el señor Castro, incauto en su falsificación, más incauto y más torpe en su defensa, ha completado la fechoría con declaraciones inauditas que le hacen perder todo el que pudiera tener a cortesés y políticos miramientos».⁶¹

A partir de 1856 los comentarios en torno al *Buscapié* se moderan hasta tal punto que el gaditano no vuelve a mencionar el tema, aunque sigue trabajando temas cervantinos y en 1874 publica *Varias obras inéditas de Cervantes*, donde saca a la luz varios entremeses de Cervantes hallados en la Biblioteca Colombina de Sevilla. Menéndez Pelayo dedica una extensa reseña a esta obra y elogia desmesuradamente la labor del gaditano, con elogios que no contribuirán, sin embargo, a disipar la mala fama de éste. En 1876 Ramón León Máinez, considerado el decano de los cervantistas españoles, opinaba así de Adolfo de Castro:

«El Sr. Castro tenía cierta soltura para imitar períodos de nuestros clásicos, calcados especialmente sobre frases y palabras de peculiar uso de cada autor; y por eso su obrita *El Buscapié* se acerca en algo, ó mejor remeda, aunque muy lejanamente, cierta fraseología del Príncipe de Nuestros Ingenios».⁶²

En febrero de 1892, a raíz de otra polémica que estudiaremos más adelante, el también cervantista José María Asensio y Toledo se atreve a aludir directamente al *Buscapié*:

«El Sr. D. Adolfo de Castro, que se anunció en la república de las letras allá por los años 1848 con un fraude literario, tan bien fraguado, que es fama que llegó a embaucar á algunos doctos. Aunque la falsedad era notoria, tanto por antecedentes históricos como por el sentido del librito, el Sr. Castro defendía con audacia su obra y llenó de improperios a cuantos con razón, con buen juicio, con erudición verdadera demostraron el engaño que se quería hacer pasar por verdad. (...) Pero el Sr. Castro es un innovador incansable que ha de alterar, si Dios le da tiempo, el aspecto general de la historia de la literatura española».⁶³

Estas alusiones de Asensio hacen que Castro se pronuncie por primera y última vez sobre el tema, y se confiese públicamente, autor del *Buscapié*:

⁶¹ Cayetano Alberto de la Barrera, Opus cit., p. 3

⁶² Ramón León Máinez, «Vida de Cervantes», en *Cervantes y su época*, Jerez, Lit. y Tip. Jerezana, 1901, p. 440.

⁶³ José María Asensio, «La última palabra sobre la salida de Cristóbal Colón a su primer viaje», en *La España Moderna*, año IV, núm. 38, pp. 157-165.

«Aquello fue una muchachada que tuvo su objeto. Me sentí con alas para volar y darme á conocer, y tan me di, que se tradujo el opúsculo y las más de las anotaciones en Europa (hasta tres veces en Inglaterra, por ejemplo). De este juguete, que claro es que en otra edad no hubiera escrito, no tengo por qué arrepentirme, como nadie se arrepiente de diablurillas que sin daño efectivo de otros hay verificado en sus pocos años, y más juguete escrito con la intención y medios de prueba de declarar más adelante que era debido á mi pluma».⁶⁴

Agria y larga polémica la del *Buscapié*. Tras la muerte de Adolfo de Castro, la crítica seguía recelosa y expectante. Alberto Blanco, en 1909, resumía de este modo la situación: «Bástenos, pues, contribuir a la terrible censura que la posteridad, libre en este punto de todo género de temores y consideraciones, pronunciará contra el escandaloso *Buscapié* de don Adolfo de Castro»⁶⁵.

Sin embargo, desde 1850, cuando aparece la primera edición conjunta del *Quijote* con *El buscapié* y hasta la edición de 1905⁶⁶, la patraña ideada por Castro había surtido su extraordinario efecto, mucho más allá de lo que inicialmente pudo haber sospechado su verdadero autor. Y no en vano, actualmente se sigue considerando *El buscapié* como un texto apócrifo de atribución cervantina, tal y como se desprende de los trabajos de Fernández Nieto, Morales Borrero⁶⁷ y Florencio Sevilla, más que como una falsificación literaria en toda regla, que es lo que realmente es⁶⁸. Un aspecto éste —el fraude literario— donde radica la originalidad y la importancia del texto, y sobre el que se debería centrar la atención. Sin embargo, no ha sido así.

En cualquier caso, el fraude del *Buscapié* venía a engrosar —como diría Caro Baroja— la fuerte tradición de los apócrifos y las falsificaciones literarias de los Siglos de Oro, pues desde la publicación de los falsos cronicones en el siglo XVI —en 1592

⁶⁴ Adolfo de Castro, «Algo sobre las cuestiones acerca del primer viaje de Colón», en *La España Moderna*, año IV, núm. 39, marzo, 1892, p. 140.

⁶⁵ Alberto Blanco, «Cervantes y Adolfo de Castro» en *La España Moderna*, año 21, núm. 248, agosto de 1909, p. 69.

⁶⁶ *Novísima edición con notas históricas, críticas y gramaticales de la Academia Española, Pellicer, Arrieta, Clemencín, Cuesta, Janer, etc., aumentada con El Buscapié anotado por Adolfo de Castro*, Madrid, Saenz de Jubera Hermanos, Editores.

⁶⁷ Morales Borrero y Fernández Nieto, aunque consideran la obra de Adolfo de Castro, no son contundentes sobre este asunto. De hecho, Fernández Nieto edita el texto sin las notas —que es lo que realmente tiene mayor interés—, cuando funcionan como si de capítulos se tratasen. Y respecto a la edición de Morales Borrero, aunque se insiste en el asunto de la falsificación, el autor somete el texto de Castro a una serie de pruebas filológicas, para demostrar que no es de Cervantes. Uno y otro, por tanto, parten de la idea de la atribución. Distinto es el caso de Florencio Sevilla, que se adscribe directamente a esta línea interpretativa. En este mismo sentido, también tenemos que poner nuestros reparos al catálogo de la Biblioteca de Autor Miguel de Cervantes del cervantesvirtual.com, donde aparece *El buscapié* como obra atribuida. Sería más correcto constatarla bibliográficamente como falsificación.

⁶⁸ En esta misma línea de la atribución cervantina se mueve también José Montero Reguera en su trabajo *El «Quijote» durante cuatro siglos: lecturas y lectores*, Valladolid, Secretariado de Publicaciones e Intercambio Editorial de la Universidad, 2005, p. 65.

se publica *La verdadera historia del rey Don Rodrigo*, uno de los puntos de arranques de esta tradición literaria—, se puede rastrear esta costumbre de imitar documentos que parecían existir desde tiempos antiguos, para presentarlos al público como auténticos. En este mismo sentido, además de los cronicones conviene también destacar el fraude de los *Libros Plúmbeos* aparecidos en el Sacromonte en 1595, las falsificaciones granadinas del siglo XVIII, los escritos fraudulentos del clérigo Antonio de Lupián Zapata, archivero de la catedral de Burgos y el problema del *Centón epistolario* del Bachiller Gómez de Ciudad Real, publicado supuestamente en Burgos en 1499.

En cualquier caso, no será ésta la única vez que Adolfo de Castro tome parte en una polémica relacionada con la obra y la vida de Cervantes. La verdadera autoría del *Quijote* de Avellaneda le ocupó desde 1846 hasta 1889. Efectivamente, el interés que suscita la figura de Cervantes en la centuria decimonónica hace que estudiosos de la talla de Aureliano Fernández-Guerra, José María Asensio Toledo, Ramón León Máinez, José María Sbarbi, el Dr. Thebussem, etc., se preocupen por esclarecer un dato que ya aportaba Martín Fernández de Navarrete en su *Vida de Miguel de Cervantes*⁶⁹. Navarrete, que había sido, precisamente con esta obra uno de los instigadores de la leyenda del *Buscapié*, avanza un paso en las investigaciones cervantinas, y afirma que *El Quijote* de Avellaneda había sido escrito bajo la tutela del P. Aliaga, confesor de Felipe III.

Esta idea, que fue defendida por autores como Juan Bautista Cavaleri-Pazos o Aureliano Fernández-Guerra, es original de Bartolomé José Gallardo⁷⁰, pero quien demostró un mayor empeño en evidenciarla fue, sin duda, Adolfo de Castro. En 1846, en *El Conde Duque de Olivares y el Rey Felipe IV*, Castro incluye una extensa digresión en torno a Fray Luis de Aliaga como supuesto autor del *Quijote* tordesillesco. La razón aducida en este primer acercamiento no parece, sin embargo, aclarar muchos datos:

«En 1846 di a conocer una décima inédita del Conde de Villamediana contra Fray Luis de Aliaga, décima que empezaba así:

Sancho Panza, confesor
del ya difunto monarca.

De ella se infería que Fray Luis de Aliaga por ese sobrenombre era llamado, alegando otras razones referentes á la sospecha de que á dicho religioso debe tenerse por autor de la segunda parte de Don Quijote».⁷¹

⁶⁹ Martín Fernández de Navarrete, *Vida de Miguel de Cervantes*, Madrid, Real Academia Española, 1819.

⁷⁰ Sobre los supuestos autores del *Quijote* de Avellaneda, véase Marcelino Menéndez Pelayo, «El Quijote de Avellaneda», en *Estudios y discursos de crítica histórica y literaria* I, Santander, CSIC, 1941, pp. 357-420.

⁷¹ Adolfo de Castro, *Miguel de Cervantes y dos Inquisidores Generales en Aniversario de la muerte de Cervantes celebrado en Cádiz el 23 de abril de 1872*, Cádiz, Imprenta Ramón Macías, 1872, p. 52.

Adolfo de Castro, en un primer momento, parece conformarse con indicar su sospecha, e ilustrarla en la primera edición del *Buscapié* (1848), pero autores como Fernández-Guerra se afanaron en defenderla⁷² calurosamente.

Hasta 1872, la idea generalizada y aceptada entre los eruditos es que Aliaga y Avellaneda eran la misma persona. Sólo Francisco Tubino mostró una postura diferente, pero no opuesta, porque su argumentación se basaba en que Aliaga nunca publicó ninguna de sus obras. No es un dato convincente, pues como dice Menéndez Pelayo: «Esto nada prueba, como fácilmente comprenderán nuestros lectores. Pudo ser Aliaga escritor una vez sola en su vida, pueden haberse perdido sus demás obras, haberse publicado anónimas o pseudónimas, pueden, en fin, yacer olvidadas en el polvo de bibliotecas privadas»⁷³.

Con motivo del aniversario de la muerte de Cervantes celebrado en Cádiz en 1872, publica Adolfo de Castro su trabajo *Miguel de Cervantes y dos Inquisidores Generales*, donde dedica algunas páginas a aclarar la dudosa autoría del Quijote tordesillesco. Reproducimos el osado argumento, que aunque extenso, resulta muy interesante:

«El fingido Avellaneda empieza así su libro: “El sabio Alisolán, historiador no menos moderno que verdadero”. Aliso puede considerarse como anagrama poético de Luis en latín ALOISIO. En la terminación AN quiso el autor remedar nombres de personajes de caballerías.

Si todavía desea apurar más esto, léase este período del principio del capítulo: “El sabio Alisolán, [...], dice que siendo expelidos los moros agarenos, de cuya nación él descendía”. Se puede encontrar la voz ALIAGA en los principios de estas ALIsolán AGAreño. Esto es indudable. ALI-AGA, Aliaga»⁷⁴.

A este irrevocable argumento, añade Castro otros no menos desatinados que el anterior, sacados del *Quijote* de Cervantes, donde se exponen todas las alusiones que, supuestamente, se dirigen a Aliaga. El artículo de Castro concluye a modo de sentencia: «Por eso, en tanto que no haya otras pruebas ó indubitables ó de inducción mas vehementes, que las alegadas, fray Luis de Aliaga será tenido por el verdadero autor del *Quijote* conocido por Avellaneda»⁷⁵.

Durante veintisiete años defendió el gaditano su postura: Fray Luis de Aliaga y Avellaneda eran la misma persona. Sin embargo, en las «Nuevas Ilustraciones» incluidas en *Varias obras inéditas de Cervantes* (Madrid, 1874), aparece un artículo que llama la atención: «Cervantes y Alarcón. Alarcón fue el fingido Avellaneda», donde Castro se desdice de lo mantenido, y aceptado por la crítica cervantina

⁷² Aureliano Fernández-Guerra incluyó en su obra *Noticia de un códice de la Biblioteca Colombina* una biografía de Aliaga, encaminada a demostrar la autoría del Quijote de Avellaneda. Véase Marcelino Menéndez Pelayo, *Opus cit.*, p. 292.

⁷³ Ibidem.

⁷⁴ Adolfo de Castro, *Opus cit.*, p. 53.

⁷⁵ Ibidem.

desde 1846. Este nuevo trabajo de Adolfo de Castro intenta demostrar con argumentos bastante peregrinos que Aliaga no fue el autor del Quijote tordesillesco: «Descaminados han sido nuestros pensamientos. Nos hemos dejado guiar por las indicaciones de Cervantes en la segunda parte de su libro»⁷⁶.

Menéndez Pelayo aplaude el nuevo descubrimiento del gaditano pero critica duramente los razonamientos que esgrime. En el capítulo VII de su estudio Castro defiende que el fingido Avellaneda tuvo que ser americano, porque en dos ocasiones habla de las Indias; en el capítulo X observa la enemistad de Cervantes y Ruiz de Alarcón en que ninguno de los dos cita al otro. Fundamentos insostenibles que, como afirma Menéndez Pelayo:

«Se reducen a meras conjeturas, que caen por su base destruidos los asertos anteriores. Los capítulos XIV, XV, XVI y XVII son admirables como obras de erudición y estudio; pero a nuestro entender, nada prueban, son como un castillo de naipes levantado en la punta de una aguja».⁷⁷

En cualquier caso, el estudio de Adolfo de Castro no deja de ser un alarde de erudición, rico en profundas observaciones y curiosos datos, utilizados con gran habilidad para documentar su propósito. Pero estos argumentos no convencieron a la crítica que, si bien estuvo de acuerdo en admitir a Fray Luis de Aliaga como presunto autor del *Quijote* de Avellaneda, no se mostró dispuesta a admitir a Juan Ruiz de Alarcón como autor de la obra.

En este sentido, la opinión de la crítica se diversifica. León Máinez, en 1876 presenta una idea que más tarde defenderá el krausista Manuel de la Revilla: el autor del *Quijote* de Avellaneda fue Lope de Vega. Los argumentos expuestos por Máinez adolecen de solidez y son pocos los seguidores de esta hipótesis. Poco después, Menéndez Pelayo defiende que el supuesto Avellaneda fue un autor aragonés llamado Alonso Lamberto. Los criterios de Menéndez Pelayo no se alejan demasiado de aquellos que empleara Castro en demostrar que el fingido Avellaneda era Fray Luis de Aliaga. Reproducimos la cita de Menéndez Pelayo, donde expone su hipótesis:

«(...) cuando de pronto hirieron mi vista las primeras palabras del primer capítulo del falso *Quijote*, las cuales, a la letra, dicen así: El sabio Alisolán, historiador no. Soy poco aficionado a los anagramas; pero éste para casualidad, me parece mucho. En estas cinco palabras van embebidas las catorce letras del nombre y apellido de Alonso Lamberto, que sin más diferencia que el haber cambiado la m por la n, cambio que nada significa tratándose de dos le-

⁷⁶ Adolfo de Castro, «Cervantes y Alarcón. Alarcón fue el fingido Avellaneda», en *Varias obras inéditas de Cervantes*, Madrid, A. de Carlos e hijos edit., 1874, p. 200.

⁷⁷ Marcelino Menéndez Pelayo, *Opus cit.*, p. 295.

tras que delante de la b suenan del mismo modo. Puede usted comprobarlo prácticamente numerando las letras:

E L S A B I O A L I S O L A N

11 7 8 10 6 1 2 5 3 4

H I S T O R I A D O R N O

13 14 12 9»⁷⁸

Como se puede observar, la teoría de Menéndez Pelayo no parece demasiado sostenible, pero en su día no fue despreciada, porque sólo vino a añadir un nuevo nombre al amplio número de hipotéticos Avellanedas.

A pesar de la pluralidad de opiniones, todas las voces arremetieron contra Adolfo de Castro atribuyéndole, incluso, el haber dicho que Avellaneda fue el dominico Fray Alonso Fernández. No hay testimonios⁷⁹ que indiquen que Castro defendiese esta hipótesis, pero un sector de la crítica así lo cree:

«Adolfo de Castro varió tres veces de parecer acerca de esto, achacando el engendro la primera á Aliaga, la segunda á un fraile del mismo supuesto apellido del falsificador, y la última nada menos que al insigne dramático Juan Ruiz de Alarcón».⁸⁰

Tantas plumas se descargaron contra Castro que en 1889 el gaditano se decidió a probar que el *Quijote* tordesillesco fue escrito por Ruiz de Alarcón. En su artículo «Un enigma literario. *El Quijote* de Avellaneda. Novísimas investigaciones. La clave»⁸¹, argumenta Adolfo de Castro que el autor no pudo ser aragonés como defendía Menéndez Pelayo, por cuestiones dialectales que quedan suficientemente probadas; también niega que fuese Lope de Vega, autor muy estudiado y admirado por el gaditano. El argumento más pesado que se esgrime en este trabajo es el número de sucesos de la vida de Alarcón que quedan reflejados en el *Quijote* de Avellaneda, así como palabras y giros típicamente americanos, propios del autor mexicano. Añade también Castro un *post scriptum* acerca de *La tía fingida*, firmado y fechado en Cádiz, el 2 de abril de 1889, que recoge la opinión de Andrés Bello, quien defiende que *La tía fingida* es del mismo autor que el *Quijote* de Avellaneda.

Nadie contestó ya a Castro. Sus trabajos sobre Cervantes y Avellaneda fueron pronto rechazados. En 1901, apenas dos años después de su muerte, la crítica le

⁷⁸ Menéndez Pelayo, *Opus cit.*, p. 398.

⁷⁹ En ninguno de los trabajos de Castro aparece reflejada esta idea. Castro sólo defendió, a lo largo de su vida, dos hipótesis con respecto a este tema: Fray Luis de Aliaga y Juan Ruiz de Alarcón.

⁸⁰ Ramón León Máinez, *Cervantes y su época*, Jerez, Lit. Jerezana, 1901, p. 65.

⁸¹ Este artículo fue publicado en *La España Moderna*, año I, núm. 4, abril de 1889, pp. 157-185.

había olvidado. Eduardo Benot, en el prólogo a *Cervantes y su época*, de Ramón León Máinez, hace un repaso por el controvertido tema del *Quijote* de Avellaneda. Habla de la tradicional idea de la autoría de Fray Luis de Aliaga, pero no recuerda quién fue el artífice de esta opinión, otros autores –dice– hablaron de Alarcón⁸².

Recuperación de los clásicos, una erudición más que exagerada y ortodoxa que volcaría en otros muchos autores y obras –por ejemplo, en el *Centón Epistolario*⁸³ o *La Epístola Moral a Fabio*⁸⁴ –, un afán polemista, tal vez, desmesurado, son algunos de los rasgos que caracterizan la curiosa personalidad de un hombre, Adolfo de Castro, que resultaría víctima –así son las paradojas del destino y la fama literaria– de sí mismo, al haberse introducido en la contradictoria labor del estudio erudito y filológico, y a partir de ahí simultáneamente entrar en la falsificación, en el plagio, de aquellos autores que más admiraba y que mejor conocía gracias a su labor primera: Lope, Calderón, y muy especialmente Cervantes.

De todo ello podemos deducir la deuda que la Historia de la Literatura tiene aún pendiente con Adolfo de Castro, y que en parte se debe a esos cánones tan restrictivos que encorsetan la creación literaria. Pues son, precisamente, esos estigmas como falsificar literario los que convierten a Adolfo de Castro en una figura de primera fila. El extraordinario interés que el misterioso Avellaneda despertaba en el gaditano, no era sino el reflejo de su personalidad. La búsqueda de su identidad era una forma, también, de buscar su puesto en una historia que hasta ahora ha prescindido de él, a través de un personaje con el que mantendría una fuerte identificación a lo largo de toda su vida. Adolfo de Castro: el Avellaneda del siglo XIX.

Tal vez por ello, Adolfo de Castro, consciente de sus limitaciones como creador, donde no hubiera jugado un papel destacado, optó por el camino tortuoso, desacreditado, por el camino mal visto de la copia, el texto falso y el plagio, riéndose con ello de aquéllos de los que nunca hubiera tenido su aprobación. Por tanto, al igual que a muchos lectores y críticos de su tiempo, Adolfo de Castro nos ha engañado, haciéndonos creer que su obra carece del interés que se merece, pues como diría José María Asensio «desde niños nos enseñaron a desconfiar del literato gaditano»⁸⁵. Efectivamente, *El buscapié* fue su carta de presentación en el mundo literario, pero también el fin de su carrera como hombre de letras, pues, aunque lanzó al gaditano a la fama internacional como editor y crítico de Cervantes, también supuso su más absoluto descrédito para ese mismo sector de la crítica, la filología y de la erudición decimonónicas.

⁸² Ramón León Máinez, *Opus cit.*, prólogo.

⁸³ *Memoria sobre la legitimidad del Centón Epistolario*, Cádiz, Imp. Francisco Sánchez del Arco, 1857. Vallejo Márquez, núm. 56.

⁸⁴ Cádiz, Imprenta de D. José Rodríguez, 1875. Vallejo Márquez, núm. 99.

⁸⁵ En «La última palabra sobre la salida de Cristóbal Colón en su primer viaje», en *La España Moderna*, febrero de 1892, p. 158.

APÉNDICE BIBLIOGRÁFICO

EDICIONES DEL *BUSCAPIÉ*

1. [1848].– *El buscapié de Cervantes. Con notas históricas y críticas por Don Adolfo de Castro*, Cádiz, Imprenta, librería i litografía de la Revista Médica, a cargo de D. Juan Bautista de Gaona, 1848. 4º. Edición orlada.
2. [1848].– *El buscapié. Opúsculo inédito que en defensa de la primera parte del Quijote escribió Miguel de Cervantes Saavedra. Publicado con notas históricas, críticas i bibliográficas por D. Adolfo de Castro*, Imprenta, librería y litografía de la Revista Médica, 1848. 8º.
3. [1848].– *El buscapié. Opúsculo inédito que en defensa de la primera parte del Quijote, escribió Miguel de Cervantes Saavedra, publicado con notas históricas, críticas y bibliográficas por D. Adolfo de Castro*, Nueva Orleans, V. Alemán y Gómez editores, Imprenta de J. L. Sollee, 1848.
4. [1851].– *El buscapié de Cervantes. Con un discurso preliminar y notas de Adolfo de Castro*, Madrid, Gaspar y Roig Editores, 1851.
5. [1851].– *El buscapié de Cervantes con un discurso preliminar y notas de Adolfo de Castro*, Madrid, Ediciones populares, [1851].
6. [1851].– *El buscapié. Opúsculo inédito que en defensa de la primera parte del Quijote, escribió Miguel de Cervantes Saavedra. Publicado con notas históricas, críticas y bibliográficas por D. Adolfo de Castro*, Buenos Aires, Imprenta Americana, 1851.
7. [1905].– *El buscapié. Cosas escondidas en la primera parte de Don Quijote de la Mancha, con 50 notas de E. H.*, Barcelona, B. Cartellá Editor, 1905.
8. [1976].– *En torno a un apócrifo cervantino: El buscapié de Adolfo de Castro*, ed. Manuel Fernández-Nieto, Madrid, Gráficas Alcocén, 1976.
9. [1995].– *El buscapié. Estudio y edición del apócrifo cervantino*, ed. Manuel Morales Borrero, Madrid, Fundación Universitaria Española, 1995.
10. [2005].– *El buscapié: opúsculo inédito que en defensa de la Primera Parte del Quijote escribió Miguel de Cervantes Saavedra, publicado con notas históricas, críticas y bibliográficas por Don Adolfo de Castro, obra atribuida a Miguel de Cervantes Saavedra*, eds. Florencio Sevilla Arroyo y Begoña Rodríguez Rodríguez, Alicante, Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes, 2005. Edición digital basada en la de Cádiz, Imp. y Lit. de la Revista Médica, 1848 [tirada común].
11. [2005].– *El buscapié de Cervantes. Con notas históricas y críticas por Don Adolfo de Castro*, Cádiz, Imprenta, librería i litografía de la Revista Médica, a cargo de D. Juan Bautista de Gaona, 1848. 4º. Edición orlada. Facsímil con estudio introductorio de Yolanda Vallejo Márquez y Alberto Romero Ferrer, Cádiz, Servicio de Publicaciones de la Diputación Provincial y Consejería de Cultura de la Junta de Andalucía, 2005.
12. [2005].–].– *El buscapié: opúsculo inédito que en defensa de la Primera Parte del Quijote escribió Miguel de Cervantes Saavedra, publicado con notas históricas, críticas y bibliográficas por Don Adolfo de Castro*, obra atribuida a Miguel de Cervantes Saavedra, eds. Alberto Romero Ferrer y Yolanda Vallejo Márquez, Sevilla, Renacimiento, 2005.

TRADUCCIONES

13. [1848].– *El buscapié*, París, 1848 [¿traducción francesa?].
14. [1848].– *O busca-pé. Opúsculo inédito que em defesa da primeira parte do Quixote escreveu Miguel de Cervantes Saavedra. Publicado con muitas notas históricas, críticas e bibliográficas por D. Adolfo de Castro*, vertido por J. M. Vieira, Porto, na Typographia de Faria Guimaraes, 1848.

15. [1848].— *El buscapié* by Miguel de Cervantes; with the illustrative notes of don Adolfo de Castro, translated from Spanish with a Life of the Autor, and some account of his works, by Thomasina Ross, en la revista Bentley's Miscellany, agosto-septiembre de 1848.
16. [1849].— *El buscapié* by Miguel de Cervantes; with the illustrative notes of don Adolfo de Castro, translated from Spanish with a Life of the Autor, and some account of his works, by Thomasina Ross, London, Richard Bentley, 1849.
17. [1849].— *The «Squib» or Searchfoot: an unedited little work wich Miguel de Cervantes Saavedra wrote of the first part of the Quijote. Published by Adolfo de Castro at Cádiz, 1847, translated from the original Spanish by a member of the University of Cambridge*, Cambridge, Deighton; London, John W. Parker; Liverpool, Deighton and Loughton, 1849.
18. [1849].— *El buscapié*, Milán, 1849 [¿traducción italiana?].
19. [1849].— *El buscapié*, Colonia, 1849 [¿traducción alemana?].
20. [1850].— *El buscapié*, París, La Presse, núms. 8-12 de enero de 1850 [traducción francesa].
21. [1855].— *El buscapié*, en *The Exemplary Novels of Michel de Cervantes Saavedra: to which are added El Buscapié or, the Serpent and La Tia Fingida, or the Pretended Aunt*, translated from Spanish by Walter K. Kelly, London, Henry G. Bohn, 1855.
22. [1858].— *Le buscapie ou l'investigateur rusé. Opuscule inédit pour la défense de la première partie du Don Quichotte par Michel de Cervantes Saavedra et publié avec desnotes historiques, critiques et biblioghrphiques par Don Alphonse de Castre*, en *Revue Espagnole, Portugaise, Brésilienne et hispano-américaine*, París, tomo VII, 1858, pp. 81-120.
23. [1858].— *Le buscapie ou l'investigateur rusé. Opuscule inédit pour la défense de la première partie du Don Quichotte*, [sn],[sl],[sa].
- 24.[1877].— *L'Indovinello (el Buscapié) di Micuele Cervantes. Traduzione Dallo Spagnuolo di Giovanni Siciliano*, en *Rivista Europea-Rivista Internazionale*, diciembre de 1877.
- 25.[1878].— *L'Indovinello (el Buscapié) di Micuele Cervantes. Traduzione Dallo Spagnuolo di Giovanni Siciliano*, Firenze, Tip. dellaGazzetta D'Italia, 1878.
- 26.[1978].— *El buscapié*, en *The Exemplary Novels of Michel de Cervantes Saavedra: to which are added El Buscapié or, the Serpent and La Tia Fingida, or the Pretended Aunt*, translated from Spanish by Walter K. Kelly, New York, Core Collection Bookes, 1978.

EDICIONES CONJUNTAS DEL BUSCAPIÉ CON EL QUIJOTE

26. [1850].— *El Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha. Compuesto por Miguel de Cervantes Saavedra*, novísima edición clásica ilustrada con notas histórica, gramaticales y críticas, según las de la Academia Española, y sus individuos de número Pellicer, Arrieta, Clemencín y por F. Sales. Aumentada con El buscapié anotado por Adolfo de Castro, Madrid, Imprenta y Librería de Gaspar y Roig Editores, 1850 [Primera edición conjunta del Quijote con El Buscapié].
27. [1850].— *El Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha. Compuesto por Miguel de Cervantes Saavedra*, novísima edición clásica ilustrada con notas histórica, gramaticales y críticas, según las de la Academia Española, y sus individuos de número Pellicer, Arrieta, Clemencín y por F. Sales. Aumentada con El buscapié anotado por Adolfo de Castro, Madrid, Imprenta y Librería de Gaspar y Roig Editores, 1850, 3ª edición.
28. [1851].— *El Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha. Compuesto por Miguel de Cervantes Saavedra*, novísima edición clásica ilustrada con notas histórica, gramaticales y críticas, según las de la Academia Española, y sus individuos de número Pellicer, Arrieta, Clemencín y por F. Sales. Aumentada con El buscapié anotado por Adolfo de Castro, Madrid, Imprenta y Librería de Gaspar y Roig, Editores Madrid, Imprenta y librería de Gaspar Roig Editores, 1851.

29. [1851].– *El Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha, compuesto por Miguel de Cervantes Saavedra*, edición de Ferrer de los Ríos, Madrid, 1851.
30. [1851].– *El Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha, compuesto por Miguel de Cervantes Saavedra*, Madrid, Biblioteca Universal, [1851].
31. [1864].– *El Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha, compuesto por Miguel de Cervantes Saavedra*, novísima edición, con notas histórica, gramaticales y críticas de la Real Academia Española, Pellicer, Arrieta, Clemencín, Cuesta, Janer, etc., aumentada con El buscapié anotado por Adolfo de Castro, Madrid, Imprenta y Librería de Gaspar y Roig Editores, 1864.
32. [1865].– *El Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha, compuesto por D. Miguel de Cervantes Saavedra*, novísima edición, con notas histórica, gramaticales y críticas de la Real Academia Española, Pellicer, Arrieta, Clemencín, Cuesta, Janer, etc. Aumentada con El buscapié anotado por Adolfo de Castro, Madrid, Imprenta y Librería de Gaspar y Roig Editores, 1865.
33. [1868-1869].– *El Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha, compuesto por Miguel de Cervantes Saavedra*, novísima edición, con notas histórica, gramaticales y críticas de la Real Academia Española, Pellicer, Arrieta, Clemencín, Cuesta, Janer, etc. Aumentada con El buscapié anotado por D. Adolfo de Castro, México, Imprenta de Mariano Villanueva, 1868-1869.
34. [1870].– *El Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha, compuesto por D. Miguel de Cervantes Saavedra*, novísima edición, con notas histórica, gramaticales y críticas de la Real Academia Española, Pellicer, Arrieta, Clemencín, Cuesta, Janer, etc. Aumentada con El buscapié anotado por Adolfo de Castro, Madrid, Imprenta y Librería de Gaspar y Roig Editor, 1870.
35. [1875].– *El Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha, compuesto por Miguel de Cervantes Saavedra*, novísima edición, con notas histórica, gramaticales y críticas de la Real Academia Española, Pellicer, Arrieta, Clemencín, Cuesta, Janer, etc. Aumentada con El buscapié anotado por Adolfo de Castro, Madrid, Imprenta y Librería de Gaspar y Roig Editores, 1875.
36. [1879].– *El Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha, compuesto por Miguel de Cervantes Saavedra*, novísima edición, con notas histórica, gramaticales y críticas de la Real Academia Española, Pellicer, Arrieta, Clemencín, Cuesta, Janer, etc. Aumentada con El buscapié anotado por Adolfo de Castro, Madrid, Imprenta y Librería de Gaspar y Roig Editores, 1879.
37. [1881].– *El Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha, por Miguel de Cervantes Saavedra*, Barcelona, Administración Nueva de San Francisco, números 11 y 13, 1881.
38. [1883].– *El Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha, por Miguel de Cervantes Saavedra*, Barcelona, Administración Nueva de San Francisco, números 11 y 13, 1883.
39. [1884].– *El Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha, por Miguel de Cervantes Saavedra*, Barcelona, Administración Nueva de San Francisco, números 11 y 13, 1884.
40. [1887].– *El Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha compuesto por Miguel de Cervantes Saavedra*, novísima edición, con notas histórica, gramaticales y críticas de la Real Academia Española, Pellicer, Arrieta, Clemencín, Cuesta, Janer, etc. Aumentada con El buscapié anotado por Adolfo de Castro, Madrid, Agustín Jubera Editor, 1887.
41. [1888].– *El Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha. Seguido de El Buscapié. por Miguel de Cervantes Saavedra*, Barcelona, Administración Nueva de San Francisco, números 11 y 13, 1888.
42. [1889].– *El Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha compuesto por Miguel de Cervantes Saavedra*, novísima edición, con notas histórica, gramaticales y críticas de la Real Academia Española, Pellicer, Arrieta, Clemencín, Cuesta, Janer, etc. Aumentada con El buscapié anotado por Adolfo de Castro, Madrid, Agustín Jubera Editor, 1889.
43. [1890].– *El Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha compuesto por Miguel de Cervantes Saavedra*, novísima edición, con notas histórica, gramaticales y críticas de la Real Academia Española,

Pellicer, Arrieta, Clemencín, Cuesta, Janer, etc. Aumentada con El buscapié anotado por Adolfo de Castro, Madrid, Agustín Jubera Editor, 1890.

44. [1895].— *El Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha. Seguido de El Buscapié. por Miguel de Cervantes Saavedra*, Barcelona, Biblioteca Salvatella, 1895.

45. [1898].— *El Ingenioso hidalgo Don Quijote de la Mancha. Primera parte*, Barcelona, Librería de Oliveres, 1898.

46. [1905].— *El Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha compuesto por Miguel de Cervantes Saavedra*, novísima edición, con notas histórica, gramaticales y críticas de la Real Academia Española, Pellicer, Arrieta, Clemencín, Cuesta, Janer, etc. Aumentada con El buscapié anotado por Adolfo de Castro, Madrid, Saenz de Jubera Hermanos Editores, 1905.

47. [1916].— *Estudio histórico-topográfico de El Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha, deducido de su lectura, y aplicando a las leyendas de importantes sucesos, y las consejas populares de la Región Beturiana, con conocimiento exacto del terreno que describió Cervantes, donde la tradición conserva los nombres que justifican los pasages más culminantes de esta fantástica obra por un manchego que luego se dirá*, Madrid, Imprenta Española, 1916.